

## UNA ÓPERA CON MARCADO ACENTO ESPAÑOL

La acción del primer acto se desarrolla frente a la fábrica de tabacos de Sevilla, flanqueada por un cuartel. Carmen (mezzosoprano) canta la famosa habanera «*L'amour est un oiseau rebelle*».

Se trata de una melodía sumamente matizada, llena de giros y modulaciones en función de una intensiva y eficaz expresividad. El dúo entre Don José (tenor) y Micaela (soprano), el coro de cigarreras, etc., conducen a un final previsto desde el momento en que Carmen arroja su flor al «brigadier». El carácter de la gitana se perfila musicalmente con las seguidillas «*Près des remparts de Seville*».

El interludio del segundo acto no guarda relación con la acción, que discurre en la taberna de Lillas Pastia. Tras una danza llena de sugestivas reminiscencias orientales, entra Escamillo (barítono) y entona la famosísima aria del *toréador*, llena de garbo y de trivial gallardía. Un aire marcial y triunfante secunda al torero, pero circula en su texto un indudable patetismo. Carmen, con una danza lasciva, incita a Don José. La cuerda se limita a puntear el tarareo de la cantante, que acompaña el baile con sus castañuelas. Don José sufre el hechizo de esta fascinación hasta que el sonido de las cornetas lejanas reclama su vuelta al cuartel. El dúo (burla e incitación en Carmen, nobleza y honestidad en Don José) es de una gran eficacia musical.

La frase desolada de la orquesta que precede al aria de Don José «*La fleur que m'avais jetée*» describe con maravillosa simplicidad la situación. Carmen sutaliza su propio empeño con su «*Là-bas, là-bas, dans la montagne*», exaltación de un selvático refugio en el que no hay jerarquías que dicten la hora de separación de los amantes. Allí la patria es el universo; la voluntad, la única ley; la libertad, el credo. Don José lucha contra la anarquía pensando en el honor, en la bandera, pero hablan idiomas diferentes. Los personajes se convierten en símbolos de dos conceptos de la existencia. La entrada de Zúñiga (bajo), oficial de Don José, propicia —de nuevo el fatalismo— la odiada deserción del soldado.

El tercer acto discurre en el refugio montañoso de los contrabandistas y va precedido de un interludio de carácter pastoril. Las gitanas echan las cartas para conocer su futuro. Carmen prueba fortuna y saca el naipe de la Muerte. La música, sombría, subraya el fatalismo de la situación. La algarabía de las gitanas contrasta con la voz de Carmen, que halla en esta escena la justificación de su mito. Llega Micaela con la pretensión de salvar a Don José y expone sus cuitas en un aria bellísima, «*Je dis que rien ne m'épouvante*».

Un interludio (especie de fandango) prepara la acción del último acto —una explanada frente a la Maestranza—,

que culmina cuando el desesperado Don José pretende obligar a Carmen a volver con él. Observemos el tratamiento musical que hace Bizet de dos acciones paralelas: la que el espectador no ve (la faena de Escamillo en el coso) y la que discurre en el escenario. La fiesta del coso, acuciante y dramática, acelera las pasiones de los antiguos amantes. La tantas veces escuchada melodía de «*Et que l'amour t'attend*» contrasta con la lastimera voz de Don José cuando clama: «*Je t'aime encore*». Estocada y navajazo coinciden en un tiempo físico e ideal a la vez. Carmen yace muerta. Cierra la obra el grito desgarrador de Don José: «*Ma Carmen adorée*».

### ÓPERA NACIONAL DE LETONIA



**Carmen**

de  
Georges  
Bizet

Ópera en 4 actos

Cultural Albacete